

“grupo de discípulos”, más o menos unido en forma de “escuela”, que estuviera dando soporte a una red semejante. Cada trabajo parece ser el resultado de un esfuerzo personal, individual, por entrar en la obra de Marías a cuerpo limpio, en busca de claridades personales, sin que cuenten demasiado los trabajos de otros posibles colegas.

La obra de Marías, ciertamente, tiene una riqueza temática y conceptual extraordinaria, pero hay que desear que, para que dé todos sus posibles frutos, los estudiosos de la misma vayan tejiendo la red de estudios y citas que a la postre da

cuerpo al perfil de un magisterio, al tiempo que va conectando la figura del maestro con nuevos resultados que hacen progresar su pensamiento.

Marías recordaba siempre que Ortega incitaba a sus alumnos, con una punzante invitación: “siga usted pensando”.

Por la calidad, y el interés de este pensador, que se evidencia sin ningún género de duda en un libro como el que aquí se menciona, parece que habría que decir, al término de su lectura: ¡¡¡sigamos pensando!!!

IDEAS DE FILOSOFÍA EN LA ESCUELA DE MADRID

RAMÍREZ VOSS, Jesús: *La generación decisiva. La idea de filosofía en la Escuela de Madrid. Primera parte (1914-1936)*, prólogo de José Lasaga Medina. Madrid: Ediciones Xorki, 2016, 273 p.

ALFONSO GARCÍA NUÑO

ORCID: 0009-0007-4597-0819

Jesús Ramírez Voss, además de ser miembro del Seminario de Investigación de la Fundación Zubiri, imparte cursos sobre Pensamiento Español Contemporáneo en la UNED con el profesor Jacinto Rivera; de dicho magisterio es fruto el presente libro. Entre sus publicaciones, además de sus artículos, especialmente sobre Zubiri, hay que hacer mención a su libro *Realidad, Ciencia, Filosofía* (2007).

Tras el jugoso “Prólogo” (pp. 13-19) de José Lasaga Medina, en la “Introducción” (pp. 21-34), el autor, tras de-

cirnos que el objetivo de su trabajo es “poner en claro qué *idea de filosofía* cabe establecer entre las diferentes obras de José Ortega y Gasset, Xavier Zubiri y María Zambrano” (p. 21), no se deja llevar por el pesimismo, pese a constatar que “ni en España ni en el resto de Europa contamos hoy con una filosofía vigente, pero tampoco contamos con vigencia alguna de la Filosofía” (p. 27), y señala que “queremos una filosofía que acepte su destino. (...) Es forzoso, ineludible, un nuevo comienzo. (...) Hemos de poner en marcha una clara *idea de filosofía* en general, pero singularmente de una clara *idea de filosofía* pensada y escrita en español” (p. 26).

El contenido del libro está distribuido en dos partes. La primera de ellas abarca desde 1910, año en que Ortega gana su cátedra de metafísica, hasta 1929, y lleva por título “La energía de las ideas”

Cómo citar este artículo:

García Nuño, A. (2016). Ideas de filosofía en la Escuela de Madrid. Reseña de “La generación decisiva. La idea de filosofía en la Escuela de Madrid. Primera parte (1914-1936)” de Jesús Ramírez Voss. *Revista de Estudios Orteguianos*, (33), 239-243.

<https://doi.org/10.63487/reo.325>



Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

Revista de
Estudios Orteguianos
Nº 33. 2016
noviembre-abril

(pp. 35-146) y consta de cuatro capítulos. La segunda, "Filosofía, luz y melancolía" (pp. 148-255), se divide en tres y concluye con el comienzo de la Guerra Civil.

En el primer capítulo, "La Filosofía y su entorno" (pp. 36-64), queda de manifiesto el claro y sugestivo estilo en que está escrita toda la obra, así como el entreveramiento de grandes pinceladas de filosofía, con otras breves de biografía e historia, que dan al conjunto agilidad y atractivo para su lectura. Desafortunadamente ésta se ve ensombrecida por una cantidad inusual de erratas, que, en el caso de los términos griegos, cobra dimensiones pandémicas; la edición no está a la altura del trabajo del autor.

En estas páginas iniciales del cuerpo del libro, tenemos un primer contacto con el entorno filosófico en que se va a tener que mover el joven Ortega, así como lo que podríamos llamar la prehistoria de su idea de filosofía. Son los años en que, gracias al encuentro con la fenomenología, va a ir tomando distancia del neokantismo, pero, a la vez y paradójicamente, será también la ocasión del desencanto de todo idealismo y también de la fenomenología, al menos la de Husserl.

Ya en el segundo, "La Filosofía como afán de comprender" (pp. 65-85) nos encontramos con la gestación, a partir de *Meditaciones del Quijote*, de la idea propia de filosofía de Ortega, que es un afán por comprender, *amor intelectualis*, y que quiere ser una superación del idealismo propio de la modernidad sin que esto suponga una vuelta al realismo antiguo. La filosofía no puede negar ni lo bueno del realismo ni lo bueno

del idealismo, tiene que hacer justicia tanto al sujeto como al objeto.

A continuación, en el tercer capítulo, "La idea de una filosofía objetiva" (pp. 86-113), hace acto de presencia Zubiri, lo que no quiere decir que no se haya hecho alguna fugaz mención a él. En estas páginas acompañamos al filósofo donostiarra en sus primeros pasos en el estudio de la filosofía con Zaragüeta hasta su tesis doctoral tras su paso por Lovaina, el encuentro con Ortega y aquella Facultad de Filosofía, así como el conocimiento directo de la primera formulación de la razón vital del filósofo madrileño: "Zubiri asistió en primera línea al proceso de maduración filosófica de Ortega, que acaba de darse [de] bruces nada más y nada menos que con su *idea de filosofía* como *razón vital*, aunque todavía no la llamara así" (p. 92). Pero éstos van a ser también los años del encuentro con la fenomenología de Husserl y con una primera formulación objetivista de la filosofía. En aquel entonces, se pueden encontrar algunas raíces de lo que luego con el paso del tiempo será su noología.

Con el capítulo "Áspera labor de rigurosa filosofía" (pp. 114-146), se cierra la primera parte del libro. En estas páginas, nos encontramos con distintos aspectos de dos filosofías, las de Ortega y Zubiri, que quieren abrirse paso. En primer lugar, cómo van dejando atrás, cómo rompen con un pasado inmediato filosófico en el que no encuentran en qué apoyarse.

Sobre ese pasado caben dos actitudes contrapuestas: considerar que el pensamiento es el desarrollo de otras ideas anteriores, que sería lo que Ortega

denomina técnicamente épocas de *filosofía pacífica*, o considerar que el pensamiento debe ser superado, descollado, culminado, y que serían las épocas de *filosofía beligerante*. El camino a seguir, frente a toda ideología decimonónica, ha de ser el de una época como la segunda, un tiempo de *filosofía beligerante* (p. 116).

Vemos también la influencia del intuicionismo lógico de Brouwer y Weil en los dos, cómo ambos ven la necesidad de una visión dinámica de la historia de la filosofía. Por otra parte, se hace sentir la presencia de Scheler, y la filosofía nos aparece, por un lado, como un saber sin supuestos y, por otro, como algo propio y personal de cada filósofo, como algo ante todo de actitud personal.

Lo que sí señala Ortega es un “ímpetu hacia la totalidad”, una búsqueda del hombre hacia lo “esencial”. Y parece aquí de nuevo, el viejo Platón. En *Meditaciones del Quijote* se dice que es el amor lo que nos liga al hecho de que existan cosas, que es lo amado lo que nos parece imprescindible (p. 138).

La segunda parte, comienza con el quinto capítulo del libro, “Rupturas y disconformidades” (pp. 149-190), pero no en 1929, sino con la aparición de *Ser y tiempo* de Heidegger en 1927. En este momento, el lector asiste, por un lado, a la toma de distancia con Husserl por parte de Ortega y Zubiri, así como al impacto del gran libro de Heidegger en el pensamiento de ambos, cómo se ven cuestionados por él, cómo asimilan algunos planteamientos y cómo les sirve para afirmarse en su propia trayectoria. Ortega sigue profundizando en su filo-

sofía sobre la vida y Zubiri apunta al problema que va a ser fundamental en su filosofía, la transcendentalidad. Aparecen la que luego sería su gran metáfora, la luz, y el tema de los horizontes; sobre lo que habría que decir que éstos están en un plano distinto al de las grandes metáforas orteguianas, no es incompatible lo uno con lo otro.

El siguiente capítulo, algo más breve, es “La luz de la inteligencia y la propia luz de la vida” (pp. 191-212). En él hace acto de presencia María Zambrano en la Facultad de Filosofía, su encuentro con Ortega y Zubiri.

Por un lado, se presentan los maestros vivos, a ella contemporáneos, que más la influyeron: Machado, Unamuno, Bergson, Ortega y Zubiri fueron los principales representantes de ese pensamiento viviente, un magisterio casi siempre vivido de un modo directo e inmediato, a menudo fraternal y amistoso, afectivo, entregado de viva voz, inspiración verbal al tiempo que lectura apasionante y a fondo (p. 208).

Por otro, también se hace ver la toma de distancia de ellos y la forja del propio modo de filosofar: se trata de una “actitud espiritual diferente” más cercana al misterio creador de la poesía que al rigor del concepto lógico. Se trata de discurrir más con el corazón que con la razón, aunque sea una *razón vital*. Aunque se trate de una inteligencia intuitiva, aprehensiva de lo real. Se trata de un saber del corazón tal y como el alma se busca a sí misma en la poesía, en la expresión poética (p. 208).

La segunda parte del libro se cierra con “Una Pleamar de Filosofía” (pp. 213-255). Tenemos en estas páginas una

visión de las clases de Ortega en torno a sus *Principios de Metafísica según la razón vital* y cómo aparece la razón histórica; de las de García Morente, quien cual Guadiana ha ido apareciendo intermitentemente en la obra, para lo cual el autor se servirá de sus *Lecciones Preliminares de Filosofía*, que dictó en Tucumán en 1937, centrándose en las vivencias y la intuición; y de las de Zubiri y su modo de impartir *Introducción a la filosofía* en torno a un problema filosófico central. El espacio dedicado a Zambrano pone la atención en dos de sus primeros artículos “Hacia un saber sobre el alma” y “Ante la Introducción a la teoría de la ciencia de Fichte”. Pero además, aunque ya mentado antes, se nos presenta, por último, al más joven: Julián Marías. No es profesor de la facultad, sólo alumno, pero las clases que impartió, antes de la guerra, en la Residencia de señoritas, fueron la prehistoria de su primer libro, *Historia de la Filosofía*, publicado tras la contienda civil; las últimas páginas del capítulo tratan de las aportaciones sobre qué sea filosofía tanto de Marías en aquel libro como de Zubiri en el prólogo y Ortega en el epílogo del mismo.

Antes de un “Índice de ilustraciones” (p. 271), Ramírez Voss concluye la obra con un “Epílogo. El fondo latente de la Filosofía” (pp. 256-269). En tono conclusivo, el autor nos dice, sobre los autores de la llamada Escuela de Madrid, que, si bien han desarrollado filosofías propias, sin embargo, en ellos podemos encontrar un cierto aire de familia.

Cada uno de ellos contribuyó con sus particulares intereses y capacidades,

con sus gustos y su personal desarrollo posterior, original aunque nunca aislado. Por ejemplo, todos ellos fueron convencidos intuicionistas, anti-positivistas y estuvieron más atraídos por la fenomenología que por la filosofía analítica o el existencialismo (pp. 259-260).

Pero aquel espacio filosófico desapareció con el comienzo de la Guerra Civil en 1936 y el libro se cierra dándonos brevemente noticia de algunos de los avatares sufridos por los filósofos a resultas del conflicto bélico, no sin antes habérse nos prometido una segunda parte.

A lo largo del libro al lector fácilmente le puede acompañar una pregunta: ¿hay filosofía española? Así lo creía el padre de la Historia de la Filosofía Española, M. Menéndez y Pelayo. Por su parte, Zubiri, al final de su vida, con su sobriedad habitual, al abordar qué sea *forma mentis*, nos dará a entender, aunque explícitamente no lo afirme, que no hay filosofía española, en tanto que filosofía, sino solamente filosofía hecha por españoles y sólo en tanto que hecha por españoles se podrá hablar de filosofía española; su modo de ser, su ser españoles, tintaría la filosofía propia de cada uno.

En cualquier caso, Jesús Ramírez Voss con claridad y documentada agilidad nos va escanciando a lo largo de su libro la idea de filosofía que va cuajando en los principales actores de lo que se ha conocido como Escuela de Madrid, más en concreto las de Ortega y Zubiri, junto a algunos apuntes de la de Zambrano, y algo menos de las de García Morente y Marías. Además de lo que cada filósofo pensó sobre la filosofía en tanto que

filosofía y su propio quehacer, el libro nos va ofreciendo, he aquí su mayor interés, junto a un marco general de la filosofía europea del momento, contrastes entre unos y otros que enriquecen la comprensión de cada uno y apuntan también a cómo van influyéndose entre sí, sobre todo el papel central de aquel gran maestro común a todos que fue Ortega.

Tanto lo tratado y cómo se ha hecho hacen recomendable la lectura de este libro no solamente para quienes se inician en la filosofía o en la historia de la filosofía española, sino para todos aquellos que, sin preparación académica específica, gusten de la ciencia que se busca o estén ávidos del conocimiento del ayer cultural de España, de su inmediato pasado.